

CAPÍTULO I UNA NUEVA AVENTURA

-Lo cierto es que nada me ata ya a Antioquita, Milvana –Amatifú tomó un sorbo de la infusión que tenía frente a ella-. No creo que nadie me eche de menos. Mi familia murió en Olano, en el último ataque *Girka*.

-Aquí está tu pueblo –dijo la reina de las amazonas-. Para ellos eres una heroína; aquella que, junto a los terrestres, nos salvó del desastre de un ataque thorbod que nadie esperaba. En ocasiones creo que te tienen más respeto y cariño que a mí misma.

-No digas eso –la amistad que unía a ambas mujeres no había hecho sino aumentar en los últimos quince años-. Eres la reina, y tus amazonas te aman. Yo... no hice más que cumplir con mi deber.

-Es por él, ¿verdad? –preguntó Milvana de improviso- Crees que es posible que esté allí y puedas verle de nuevo, ¿no?

-No sé de quién hablas –aunque intentase aparentar extrañeza, sabía perfectamente a qué se refería.

-¿Crees que Abel Wantrous no partiría con *Valera* tras aplastar al imperio *Girka* una vez más? Ya sabes cómo son los Aznares y quienes les siguen en sus aventuras.

-Está bien, lo reconozco; pienso en él muy a menudo, y no he conseguido olvidarle después de tantos años, pero sé que no está allí. El motivo de querer formar parte de la tripulación que se dirigirá a Nahum no tiene que ver con Abel, aunque no puedo negarte que no tenga la esperanza de encontrarme con alguien que le hubiera conocido y me hable de él.

Permanecieron un rato en silencio. Ambas mujeres rondaban los cuarenta y seis años terrestres, veintitrés según la duración de los años en Antioquita.

Antes de tener a su disposición la medicina y nutrición terrestre, la suya habría sido una edad avanzada, casi a tan sólo un paso de la vejez. Sin embargo, una dieta adecuada y tratamientos hormonales, permitían que su aspecto fuera el de dos jovencitas de doce o trece años... antioqueños, claro.

Además de su juvenil apariencia e indudable belleza, sus rostros reflejaban el valor y la serenidad de dos buenos ejemplares de amazonas; aquellas que habían dedicado sus recursos y energías durante siglos a hacer frente a las hordas nahumitas, que regularmente llegaban a su mundo para proveerse de cuerpos jóvenes en los que trasplantar sus cerebros, y prolongar indefinidamente su existencia.

-No sabré qué hacer sin ti –dijo al fin Milvea rompiendo el silencio-. Sin tus consejos y tu compañía, pero cada uno debe elegir su destino y hacer aquello que considera justo y adecuado.

-Yo también te echaré de menos. Y sí, creo que es lo que debo hacer. Desde que participé en la aventura que nos libró de los thorbod, siento que me falta algo, como si necesitase de nuevas experiencias. El vicealmirante Santiesteban y Alanda han confirmado también que embarcarán rumbo a Nahum.

-¿Y el *Girka*? El almirante nahumita... ¿Cómo se llamaba?

-Launa.

-¡Ah, sí! Ese Launa... ¿Crees que será seguro que forme parte de la tripulación?

-Al parecer, lo único que desea es morir en su mundo y conocer algo más de su historia y sus antiguas leyendas. Al principio puse el grito en el cielo. Imagínate, ¡viajar junto con un maldito *Girka*! Pero me convencieron de que no iba a resultar peligroso

convivir con él, así que tendré que tragarme mi orgullo y los deseos de degollarle yo misma.

-Dejemos que los terrestres nos enseñen también lo que es el perdón, Amatifú. Al fin y al cabo están en lo cierto al señalar que el peor castigo para esos monstruos es dejarles vivir sabiendo que no podrán reencarnarse en otro cuerpo. Para ellos, contemplar en el espejo su propio deterioro y el paso de los años es un martirio mayor que la propia muerte. Parece ser que el índice de suicidios entre su gente es elevadísimo. Puede que sea verdad que les habríamos hecho un favor ejecutándoles. Si creen conveniente que Launa viaje a Nahum, no les crees tú problemas, por favor.

-No lo haré, Milvea, te lo prometo.

-Es una lástima que mis obligaciones como reina me impidan acompañaros – miró a su alrededor pensativa-. Ya entonces, cuando comenzasteis a investigar en las ruinas thorbod, estuve tentada de sumarme al equipo. Pero yo también tengo que dejar que mi destino y mis obligaciones guíen mis pasos, así que, una vez más, tendré que esperar que me cuentes todo a tu regreso, aunque en esta ocasión seré una anciana cuando vuelvas.

-Resulta curioso el efecto de viajar a tan grandes velocidades –Amatifú se había preocupado de ponerse a la altura de la cultura terrestre-. Para mí transcurrirá sólo medio año antioqueño, mientras que aquí habrán pasado veinticinco.

-Cuando regreses, contemplarás un mundo próspero, y yo tendré suficiente edad como para ser tu abuela.

-... y yo volveré a llamarte de usted –comentó Amatifú en broma.

Les interrumpió la entrada de un asistente en la amplia sala en la que habían estado comiendo.

-Majestad, disculpe –aunque se tratase de un nativo, en los últimos años, éstos habían logrado acceder a la educación, y ya no había tanta diferencia entre hombres y mujeres como se habían encontrado los terrestres al llegar a Exilio-. El vicealmirante Santiesteban y la venerable Alanda se encuentran aquí y solicitan audiencia.

-Hazles pasar, Venel, gracias.

Al instante apareció por la puerta una pareja que parecía tan joven como las amazonas que les esperaban.

Ella poseía una exótica belleza, y era casi tan alta como él, a pesar de tratarse de un buen mozo, bastante atractivo y varonil.

-¡Alanda! ¡José! –Amatifú se adelantó a la reina y les abrazó efusivamente- ¡Hacía meses que no sabíamos de vosotros!

-Hacía falta una nueva aventura para que abandonásemos la Universidad de Nueva Castilla –bromeó él.

-¿Habéis comido ya? –preguntó Milvana tras estrechar sus manos con sincero afecto.

-Sí, gracias –contestó Alanda.

-Sentaos entonces con nosotras a tomar algún licor o infusión –mientras hablaba, había pulsado el botón de un intercomunicador-. Venel, ven aquí a traer a mis invitados lo que gusten.

José pidió un refresco y Alanda un licor. Cuando estuvieron servidos, la reina dijo:

-¿Creéis de verdad que las antiguas leyendas Nahumitas tienen algo de cierto? ¿Merece la pena que partáis hacia el sistema *Girka*?

-Verá, Majestad...-comenzó a decir José.

-Milvana, por favor.

-De acuerdo... Milvana –el vicealmirante no terminaba de acostumbrarse a tratarla por su nombre. Como tantos otros, se seguía sintiendo algo impresionado al tratar con una auténtica reina de las Amazonas-. La nave *Aurora* fue construida para estrechar los lazos con la colonia que a buen seguro prospera en Nahum. Dado que alguien tiene que viajar en ella, Alanda y yo pensamos que podía ser una oportunidad inmejorable de estudiar in situ las antiguas leyendas nahumitas, y saber qué hay de cierto en ellas. Nuestra intención es la de tener hijos más adelante –tomó la mano de su compañera con dulzura-, en un par de años o tres, y entonces ya no podremos embarcarnos en aventuras de este tipo.

-No seré yo quien intente disuadirlos de lo contrario. En el fondo os envidio a los tres. Lo que me extraña es que el profesor Ortiz no se haya sumado de nuevo al grupo.

-¡Oh, Néstor! No se lo pensó esta vez. Creo que tuvo suficiente acción para el resto de su vida. Prefiere quedarse aquí, estudiando ruinas thorbod y buscando pistas que le lleven a conocer cuál es el misterioso destino que tomó la flota thorbod. Creo que nunca lo conseguirá, pero él se encuentra más a gusto en las excavaciones y los laboratorios que en una nave que, al fin y al cabo, parte hacia Nahum sin saber exactamente qué vamos a encontrar allí.

-Bien –dijo Milvana-, supongo que antes de que regreséis llegará aquí una nave procedente de Nahum con idéntica misión. La pena es que no nos traerá noticias de vosotros, puesto que os cruzaréis en el camino.

-A pesar de eso, no podríamos ponernos en contacto con ellos –José percibió cierta preocupación en las palabras de la reina de las Amazonas-. Piense que las distancias son enormes en el espacio, y el rumbo que vamos a tomar se dirige hacia la posición en la que se encontrará Nahum dentro de cincuenta años terrestres. Aunque es cierto que lo más probable sea que haya salido ya algún tipo de nave hacia aquí, la distancia más cercana a la que nos encontraremos de ellos puede ser de cientos de miles de millones de kilómetros. Cualquier tipo de contacto o detección sería imposible.

-Bien, entonces. Tendremos que esperar a vuestra vuelta. Sobre lo que os ha decidido a realizar un viaje así, ¿Creéis realmente que las viejas leyendas y cánticos nahumitas pueden tener algo de cierto? A mí me parece que forman parte de un folklore que no tiene más fondo que cualquiera de nuestras viejas poesías épicas que hablan de Amazonas que luchaban contra monstruos que amenazaban sus reinos.

-Eso es lo que siempre se había creído, Majestad... Milvana –José extrajo una hoja pulcramente doblada del bolsillo de su camisa-. ¿Me permite que lea la introducción del canto al que los nahumitas llaman “las profecías del Gran Majhol”?

-¿El Gran Majhol? –preguntó ella interesada.

-Es uno de los principales dioses de su mitología. Entiéndame, ellos nunca han tenido una auténtica religión, ni por supuesto profesan una fe. La vida de los nahumitas no se ve en absoluto condicionada por sus múltiples deidades, de las que apenas se acuerdan, salvo en rituales puntuales que tienen más de costumbre y tradición que otra cosa.

-Escuchemos entonces esa profecía

-De acuerdo. Lo leeré traducido al castellano, por lo que la rima se pierde, pero es más fácil que lo comprenda así –Tanto Milvana como Amatifú, habían aprendido en aquellos años, entre otras muchas cosas, el español y algo de nahumita, pero dominaban con más soltura el idioma de los terrestres-. De todas formas, estamos casi seguros que la rima se añadió con posterioridad, para hacerlo más atractivo y fácil de memorizar –desdobló el papel y comenzó a leerlo:

-“*La Serpiente Alada verá nacer cuatro imperios importantes. Cuatro grandes imperios que la harán fuerte y poderosa*”.

-La “Serpiente Alada” es una forma en la que la profecía llama al pueblo nahumita –susurró Amatifú a su reina.

-“*El primer imperio nacerá del fuego que surge de las cenizas, y coincidirá con el despertar de la Serpiente, que verá cómo su poder es capaz de llevarla hacia las lejanas estrellas*”.

-¿El fuego que surge de las cenizas? –interrumpió Milvana- Eso no tiene sentido; no se pueden prender las cenizas.

-Creemos que se refiere a la guerra contra los thorbod –explicó pacientemente José-. La bestia serían las cenizas, tanto por el color de su piel como por el desprecio que sienten por ellos.

La reina hizo un gesto de incredulidad que él no tuvo en cuenta.

-“*A punto de ahogarse, la serpiente resistirá el frío, hasta que la planta de la que se alimenta se seque y termine el primer imperio*”.

«*La emperatriz perdida volverá del abismo en el que se internó y ascenderá hasta el trono que permanece vacío desde la desaparición de El Primero. Por segunda vez, la Serpiente Alada resurgirá, hasta que ella, la cabeza de la Serpiente, se rompa en mil pedazos; como el cristal, rodeada del frío de la muerte*”.

José hizo una pausa antes de continuar:

-“*Uno de los fragmentos de La Segunda cobrará vida, y será adoctrinada por los sacerdotes de Majhol, hasta que la luz sea tan poderosa que la venza y la doblegue. Y llegarán años de oscuridad, en los que la Serpiente Alada yacerá dormida, esperando a El Cuarto, el definitivo, el que conducirá a la Serpiente hacia las estrellas y destruirá a sus enemigos; aquellos que se esconden en el interior del mundo errante, que será destruido, y sus restos esparcidos por el universo que recorrió y sojuzgó en el pasado*”.

Se hizo el silencio, hasta que Milvana dijo:

-¿Eso es todo?

-Se trata únicamente de la introducción –respondió inmediatamente José-. Intente pensar en la simbología. En el primer imperio, habla de ahogarse, lo cual puede ser interpretado como el envenenamiento de las atmósferas de sus planetas. También de resistir el frío, tal y como ellos hicieron en el gélido satélite que tuvieron que habitar. Por no hablar de lo que dice de una planta de la que se alimentaba y que se secó; las bombas verdes que cayeron sobre Noreh marchitaron toda la vegetación del planeta.

La expresión de incredulidad de la reina de Nabistán fue desapareciendo mientras el terrestre hablaba. Éste, continuó su explicación:

-Ámbar de Nahum, efectivamente, se rompió literalmente en pedazos en medio del vacío después de volatilizar la atmósfera de su planeta, y su hija –recuerde, “*Uno de los fragmentos de La Segunda cobrará vida...*”- fue la siguiente emperatriz, a la que, si Dios quiere, se habrá vencido gracias a la aportación de la luz sólida, y a la luz se refiere precisamente la profecía como aquello que terminará con ella.

-Además –intervino Alanda-, la referencia a que sus enemigos habitan en el interior de un mundo errante se asemeja sospechosamente a lo que sería una descripción de *Valera*, el planetillo invencible del que tantas veces nos han hablado nuestros amigos.

-No sé si me estáis contagiando vuestro entusiasmo –por un momento pareció bastante convencida, aunque todavía dudaba-, pero... podrían tratarse de meras coincidencias. Puede que los deseos de encontrar similitudes hayan hecho que terminéis por verlas en una de tantas leyendas. Incluso alguien pudo inventar ésta en concreto hace relativamente poco tiempo.

-No, Milvana –negó Amatifú-. Las supuestas profecías, con apenas algún cambio estético, se remontan al menos a cinco mil años, puede que más. Launa, el *Girka*, asegura haberlas leído en viejos pergaminos, tan antiguos que casi se deshacían si uno soplabla sobre ellos.

-Me siento algo aturdida –dijo Milvana-. Suena todo tan... infantil, como si me estuvieseis contando un cuento de niños. Sin embargo, os escucho y lo que me decís parece tener una base. Perdonad si mis preguntas os resultan algo escépticas, pero, ¿no han convivido nahumitas con vosotros? Tengo entendido que con *Valera* viajaban los descendientes de los prisioneros del ataque al Sistema Solar y la caída del primer imperio. ¿Nunca os habían comentado nada? ¿Nadie se interesó por esas historias?

-Muchos de ellos nunca llegaron a integrarse –se apresuró a contestar José-. Los que lo hicieron, terminaron por olvidar aquellas viejas leyendas, y renunciaron a un pasado glorioso que a ellos les había hecho más mal que bien. Por otro lado, me imagino que la difusión de este tipo de profecías precisa de un ambiente adecuado y la existencia de la correspondiente casta sacerdotal que se ocupe de mantenerlas vivas en la memoria del pueblo. Esa es la única razón por la que han llegado hasta nosotros después de tanto tiempo.

«Tal y como dice, parece un cuento increíble, pero lo que le he leído hoy no es más que una introducción del resto, y aunque no hayamos podido acceder al texto completo, cada día encontramos que más y más fragmentos se ajustan –dentro del lenguaje de símbolos y metáforas utilizado- a la realidad.

-Está bien, vicealmirante, tan sólo sentía curiosidad por saber qué es tan importante como para viajar hasta tan lejos. Las profecías... me resulta extraño también que una sociedad como la suya, con una religión que cree en un único dios, considere posible que exista, o haya existido, otra deidad distinta de la suya.

-Una cosa no quita la otra –él pareció sorprendido por la pregunta-. Ni pensamos que nada de esto demuestre la existencia de un dios llamado Gran Majhol, ni tampoco es nuestro objetivo hacerlo. Si el porcentaje de aciertos es tan alto como nos parece, seguramente se deberá a que quien escribió el manuscrito original era un visionario, incluso puede que tuviera algún tipo de don que le permitió relatar sucesos futuros. En momentos concretos de nuestra historia, aparecieron algunos individuos así, que fueron capaces de adelantar en ocasiones hechos que terminaron por suceder.

-En fin, supongo que lo cierto es que estáis deseando iniciar nuevas investigaciones –Amatifú respondió a la afirmación de su reina con una sonrisa de complicidad-. ¿Cuándo partís finalmente?

-En quince días –contestó Alanda.

-Sabéis que os deseamos buena suerte. Gracias a lo que los terrestres han aportado a nuestra sociedad, lo más probable es que os vea regresar, aunque seguramente no sea ya vuestra reina cuando lo hagáis...

-¿Ocurre algo? –preguntó preocupado José.

-¡Oh, no! Nada en particular, pero algunos de los reinos más pequeños comienzan ya a pensar en un cambio gradual que culmine con la integración plena en el sistema de gobierno terrestre, siempre, claro, que ellos admitan representantes nativos en igualdad de condiciones.

«En Nabistán, aunque algunas de nuestras costumbres sigan fuertemente arraigadas, yo, la reina, no he tenido aún hijas que me sucedan, y con el paso de los años, esto puede hacer que los acontecimientos se precipiten –Alanda hizo además de intervenir, pero Milvana prosiguió-: Ya, ya lo sé, podría buscar un hombre y ofrecer a mi reino una heredera, pero no sé si eso es lo mejor para todos, ni tampoco si se trata de lo que el pueblo quiere. Si yo muriese sin descendencia, habrían de celebrarse los

torneos habituales para elegir una nueva reina, pero sólo si los habitantes de Nabistán quieren seguir teniéndola.

-Milvana, yo... –Amatifú estaba muy apenada.

-Es usted admirable –intervino José-, y su pueblo debería sentirse orgulloso de estar representado por una mujer tan entregada a él. No me cabe duda de que, cuando tenga que hacerlo, tomará la decisión más adecuada. Incluso podría, si se da el caso de que crea que debe abdicar, que gobernase siendo elegida como representante de esta zona del planeta.

-No, gracias –dijo ella riendo-. En el fondo, creo que soy demasiado tradicional. No, no me veo luchando por ser la más votada de los candidatos, aunque debo reconocer que he terminado por aceptar que, cuando el pueblo recibe una cultura suficiente, está preparado para decidir quién y cómo debe gobernarle.

-No se crea –él sonrió también-. En ocasiones, los ciudadanos han decidido precisamente aquello que no les convenía, pero, en fin, hasta el momento no hemos encontrado un método mejor...

No se entretuvieron mucho más. La pareja había acudido al castillo de Milvana para buscar a Amatifú y dirigirse a la universidad a hacer inventario del material y documentos que debían llevar consigo. Se trataba de un viaje demasiado largo como para improvisar u olvidar nada, y aunque pareciera que todavía tenían mucho tiempo, había que organizar muchas cosas.

Tras despedirse de la reina, cuando ya se dirigían hacia un pequeño aerobote que les había sido asignado, Alanda preguntó a su compañero:

-¿Por qué no le has dicho nada de la parte que habla de Antioquita?

-Pensaba hacerlo, Alanda, pero después decidí que no debía alarmar innecesariamente a Milvana.

-Y yo estoy de acuerdo –apostilló Amatifú-. No estamos totalmente seguros de haber interpretado bien los fragmentos estudiados. No podíamos decirle sin más que sospechamos que relata cómo la bestia gris iba a esconderse en un mundo cercano y que, al poco de abandonarlo definitivamente, la Serpiente Alada mandaría sus huestes, dejándolo muerto y estéril, y masacrando a todos sus habitantes...

-La verdad –Alanda había sentido un escalofrío, a pesar de que habían trabajado muchas horas en esa parte y se la sabía de memoria- es que resulta estremecedor cómo estamos encontrando sentido a algunos de los capítulos que vamos investigando.

-Pero seguimos sin saber lo que de verdad importa –dijo Amatifú-; cómo y cuándo comenzará el cuarto imperio. Es la única manera de, si la profecía es cierta, evitar que se cumpla.

-Esa es una de las principales razones para que acudamos a Nahum en busca de más información –ya habían llegado al aerobote, y José se había sentado en el puesto del piloto-. Sabemos que falta esa parte, e ignoramos cuántas más no se encuentran recogidas en la versión que conocemos. Allí podremos contrastar otras copias o recuerdos de los propios nahumitas, así como saber por fin si llegaremos a tener algún día información sobre ese supuesto y poderoso nuevo imperio.

-¿Y el almirante Launa? –preguntó Alanda.

-Debe estar a punto de llegar escoltado desde el campamento nahumita.

Launa, el almirante nahumita, había sido apresado por los terrestres veintiún años atrás, cuando éstos llegaron al sistema y se encontraron con una flota procedente de Nahum, encargada de recoger prisioneros entre los nativos para implantar en ellos sus cerebros, y prolongar de esa manera su existencia.

Nada más enterarse de la llegada de tres autoplanetas enemigos, la flota nahumita había huido, rehuendo la lucha, pero sin poder evitar que varias naves, entre las que se encontraba la del almirante, cayeran en su poder.

Launa era un imperialista convencido, cuya edad debía superar el milenio, después de varios trasplantes de cerebro. Al igual muchos de los suyos, no tuvo valor para quitarse la vida o intentar una fuga desesperada, ni siquiera para resistirse o rebelarse.

Los primeros años fueron un tormento, aunque merecido, tras una larga vida de desprecio hacia las vidas ajenas. Saber que su cuerpo iba a envejecer sin que se produjera el milagro del trasplante de cerebro, sentir que las facultades que se fueran perdiendo lo hacían de forma irremisible y permanente... Él, como muchos otros, cayó en una apatía que le convirtió en poco más que un vegetal, que se alimentaba, dormía y miraba con expresión ausente a su alrededor.

Algunos de ellos descubrieron nuevas aficiones, formas de utilizar su tiempo que nunca habían supuesto una posibilidad que hubieran tenido en cuenta antes, pero ese no fue el caso de Launa, que siguió aferrándose a una existencia que no intentaba hacer más agradable ni provechosa.

Los nahumitas seguían ocupando el campamento situado en la meseta, rodeado completamente por la selva. El motivo de ello fueron los infructuosos intentos de dejar en libertad a aquellos que habían demostrado, incluso con el empleo de drogas hipnóticas, que podían reinsertarse sin problemas en la sociedad terrestre. Los antioqueños, que a duras penas habían aceptado que no se les ajusticiase inmediatamente, resultaban un peligro difícil de controlar, ya que podían acceder sin dar explicaciones a las ciudades terrestres, y de hecho, multitud de ellos residían allí de forma permanente, además de existir ya muchas parejas mixtas.

El Gobierno se vio entonces en la tesitura de mantener a todos los nahumitas en el campamento o forzar a un pueblo hermano, llamado a formar con ellos una sola nacionalidad, a aceptarles. Finalmente, se decidió que la integración nahumita tendría que esperar a que los recelos y rencor de las amazonas se aplacasen.

Mientras tanto, la vida siguió en el campamento nahumita, y Launa, después de tantos años allí, comenzó a paliar en parte la nostalgia aprendiendo y recopilando las antiguas leyendas de su pueblo.

De entre los objetos personales de sus compañeros, consiguió localizar los libros que habían llevado en su viaje, más como distracción o simples amuletos de buena suerte, que auténticos objetos de culto.

Aquellos libros, algunos muy antiguos, ya habían sido analizados y fotografiados por los terrestres, por lo que obraban en poder de sus dueños, y no le resultó difícil la tarea de reunir una respetable cantidad de originales o copias de aquellos de los que sus poseedores no habían querido separarse.

Debió ser un par de años atrás cuando el almirante Launa se centró en el aprendizaje de las profecías de El Gran Majhol, pero, al parecer, éstas no estaban demasiado documentadas, por lo que decidió solicitar a las autoridades terrestres acceso a los viejos archivos –electrónicos o documentales– que estuvieran clasificados como aspectos culturales y religiosos de la sociedad nahumita.

No parecía haber nada peligroso en los estudios de aquel hombre, e incluso se le sometió a una sesión de drogas hipnóticas con el fin de verificar si la causa aducida era la auténtica. Sin embargo, dado lo excepcional de la petición, el Servicio de Inteligencia solicitó el asesoramiento de algún experto del Servicio de Documentación de la Armada.

Aunque la especialidad del vicealmirante José Santiesteban fuera la cultura thorbod, su fama le precedía desde que encabezase el equipo que demostró la existencia de una colonia de hombres grises en el sistema, y logró, gracias a su intervención, salvar al planeta Exilio de una catástrofe de la que no se habrían recuperado nunca.

A José le interesó el tema, por lo que, en lugar de dejar que algún subordinado revisase las peticiones de Launa para dar el visto bueno, se encargó él mismo de hacerlo, y a los pocos meses, descubrió que la investigación era apasionante.

Llegado el momento, había comenzado a comunicarse por carta con Launa, y sin que ninguno de los dos se percatase, comenzaron a trabajar en equipo y a compartir sus descubrimientos, dudas y teorías, como si de dos colegas se tratase. Mientras, él compartía con Alanda sus descubrimientos.

Pero la documentación que tenían a su alcance terminó por ser escasa, y la mayoría de sus conclusiones quedaban a medias o sin demostrar del todo. La mayor fuente de información se encontraba en *Valera...* o en Nahum.

Seguramente, habrían terminado por desistir de no haberse ultimado el proyecto *Aurora*, que no consistía más que en la construcción y envío a Nahum de la nave del mismo nombre.

No contando con más aparatos de gran tamaño que el *Orión* y *Santa Fe* - aquellos enormes discos volantes con los que, junto al *Ascrea*, habían llegado los terrestres a Exilio-, el Gobierno no había autorizado a usar ninguno de ellos, ya que, en caso de producirse cualquier desastre, eran el único medio de que parte de la población pudiese ser evacuada, y la única forma de realizar un hipotético viaje de cientos de años luz. La experiencia había demostrado que, por desgracia, la raza humana no podría sentirse jamás completamente segura.

Sin embargo, sí estaba en la mente de todos los responsables de la colonia estrechar los lazos con quienes habitasen en Nahum, así como hacer llegar noticias de ellos mismos, por ello, cuando se pudieron destinar recursos suficientes, se comenzó la construcción de un autoplaneta de respetables dimensiones, el *Aurora*.

No se sabía nada de la situación en Nahum, y el Imperio Milenario parecía ser el más poderoso de los tres que habían surgido allí, pero la presencia de *Valera*, y la llegada al sistema de Miguel Ángel Aznar llevando consigo el secreto de la luz sólida, les hacía pensar que lo más probable era que el odioso y sanguinario imperio hubiese sido derrotado de nuevo.

A pesar de ello, ésa era una razón más para enviar una nave que contase con el mínimo de elementos defensivos y a la que apoyase una flota formada por un número considerable de Omegas.

El *Aurora* no era tan enorme como los discos volantes de la Armada Valerana, aunque, con sus tres kilómetros de diámetro y trescientos metros de altura, tampoco resultaba de un tamaño precisamente despreciable.

La nave albergaba en su interior una ciudad con capacidad para cincuenta mil habitantes. En aquella ciudad pasarían un año de viaje con destino a lo desconocido...